

Historia de una emigrante zamorana: Adelaida Ramos Morán

Vicenta Ramos Morán

Nació el día 15 de 1897 en Vigo de Sanabria, provincia de Zamora. Fueron sus padres Pedro Ramos Prada y Vicenta Morán Rodríguez, de cuya unión tuvieron tres hijos Francisco, Clara y Adelaida, siendo esta última la menor de los tres. Su niñez transcurrió en un hogar muy humilde, pero muy sólido.

Contaba con sólo 18 años cuando empezó a tener bien definido lo que deseaba en la vida y se lo manifestó a sus padres diciéndoles que ella no había nacido para labrar la tierra y que tenía otras aspiraciones.

Su hermano Francisco ya trabajaba en Madrid en una mansión que poseía una familia de la alta sociedad madrileña (trabajaba como jardinero).

Así cada vez que su hermano venía al pueblo a ver a la familia Adelaida siempre le pedía que la llevara con él a Madrid porque quería trabajar.

El matrimonio de aquella familia ya tenían varios hijos y necesitaban una niñera, su hermano Francisco habló con los señores para ver si Adelaida podía ser aceptada como niñera de una de sus hijas. A principios no la querían porque era muy joven (18 años) pero pronto demostró su seriedad y responsabilidad en el trabajo que realizaba.

Fue así que tuvo la oportunidad de viajar por distintos lugares de España como Barcelona, Valladolid, Santander, Sevilla, entre otros.

Pasaron varios años y la familia cada vez tenía más confianza en ella. Cuando viajaban (dentro del país) siempre la llevaban con ellos.

Años después, Adelaida tuvo su primera hija (Vicenta), que dejó al cuidado de su abuelo y su hermana Clara, porque ella tenía que regresar al trabajo en Madrid. El dinero que ganaba se lo enviaba a su madre y a su hermana para que a la niña no le faltara lo más elemental.

Un año o más después del nacimiento de su hija (Vicenta), Adelaida se casó con Don Lorenzo Fernández Zurrón en la iglesia del pueblo.



Permaneció con la familia en Madrid hasta que la señora de la casa falleció prematuramente. Eso le causó un trauma muy violento, porque ella sentía por la señora un cariño inmenso. No podía olvidar que fue ella la que más la ayudó en todo, durante el tiempo que permaneció en la casa.

La familia deseaba que se quedara después de esa desgracia, pero no quiso continuar pues le traía muchos recuerdos.

Un año después, en 1926, emigró a Cuba buscando nuevos horizontes. Al llegar a Cuba se instaló en casa de un matrimonio zamorano que hacía tiempo que residían en Cuba. Los mismos tenían una casa de huéspedes en Lamparilla #18, en La Habana Vieja. Fueron ellos los que le consiguieron trabajo en casa de una distinguida familia como niñera.

El dinero que ganaba, se lo enviaba a sus hermanas para que cuidara a su hija, pues ya su padre había fallecido.

Pasó el tiempo y empezó a extrañar a la hija que había dejado en España y a todos. Cuando se disponía a regresar a España conoció a un señor que poseía una situación económica muy sólida y que se enamoró de ella.

Fue él quien la hizo desistir de su propósito de regresar a España.

Hasta aquí todo lo que sé de mi madre. Continúa su vida a partir de que ella se reencuentra conmigo en Cuba.

Historia de una emigrante zamorana: Vicenta Ramos Morán

Nací el 23 de Mayo de 1921 en Vigo de Sanabria provincia de Zamora en casa de mis abuelos maternos Pedro Ramos Prada y Vicenta Morán Rodríguez.

Mis primeros años transcurren al cuidado de mi abuelo y de mi tía Clara, pues mi madre trabajaba en Madrid desde algunos años antes de yo nacer.

Me quedé al cuidado de mi abuelo y de mi tía, ella ya tenía dos hijos mayores que yo, nos crió a los tres hasta que yo alcancé aproximadamente los siete años.

Mi madre venía a verme cada vez que podía. Ella trabajaba desde los 18 años en una mansión que poseía una familia de la alta sociedad madrileña, pues su hermano Francisco ya trabajaba en ese lugar desde hacía tiempo.

Mi niñez, hasta donde yo recuerdo, transcurrió en el pueblo, donde tuve la compañía de mis primos (hijos de mi tío Francisco y de mi tía Clara). Yo era una niña muy alegre y me gustaba hacer “maldades sanas”.

La casa de mis abuelos tenía árboles frutales (un manzano, un peral, nueces, uvas etc.), me gustaba coger las manzanas, nueces y peras en el árbol, siempre era yo la que subía y desde arriba las tiraba, pero como era “tan maldita” casi siempre les daba en la cabeza a mis primos, ellos se ponían “farrucos” conmigo y le daban las quejas a mi tía. Ella casi nunca los escuchaba

porque tenía delirio conmigo, se ponían celosos y mi tía les decía: ¿no ven que ella es más “chiquitina” que ustedes? Yo quise mucho a mi tía porque ella para mí fue mi segunda madre.

Otro recuerdo de mi niñez es que cuando mi madre venía de Madrid a pasar las vacaciones me llevaba al Lago de Sanabria, le gustaba nadar y aprendió a hacerlo por debajo del agua. Un día me dijo “niña” quédate aquí, no te muevas que voy a nadar un ratito, paso el ratito y yo no veía a mi madre, empecé a llorar y a gritarle madre, madre... ¿dónde estás? Cuando de pronto la vi agitando sus manos y me gritaba niña, no te muevas, ya voy, ya voy. Pasé un susto tan grande que jamás se me ha olvidado. Mi madre era una mujer muy tierna y me demostraba su cariño besándome y apretándome contra su pecho.

Cuando mi madre retomaba al trabajo en Madrid yo me quedaba desconsolada. La niña que ella cuidaba tenía más o menos mi edad y era muy rubia, blanca rosada y ojos verdes, sus padres también eran rubios y de tez muy blanca.

Cuando yo tenía aproximadamente dos años, mi madre a petición de los señores me llevó para que me conocieran, comentaban que yo parecía que pertenecía a la familia porque todos los hijos (8 en total) eran rubios y de tez muy blanca. Permanecí en esa ocasión por espacio de quince días o más, jugando con los niños de la casa como uno más. Los señores de la casa quisieron que eso se repitiera, pero tengo entendido que eso no sucedió nunca más.

El regreso al pueblo lo hice en compañía de mi tío Francisco que como mencioné anteriormente trabajaba en la casa como jardinero. Debo confesar que jamás he podido acordarme de los nombres y apellidos de tan distinguida familia, recuerdo muy vagamente que el apellido llevaba la letra “J” por la cantidad de veces que se lo escuché decir a mi madre. Lo que sí recuerdo es que la mansión quedaba en La Puerta del Sol o cerca de ella. Mi madre me hablaba mucho de El Retiro y de la calle de Alcalá.

Cuando apenas tenía cuatro años mi madre emigra a Cuba y me quedé nuevamente con mi tía Clara. Tenía aproximadamente seis años cuando mi tía me dijo un día: “niña” hablé con la maestra del pueblo y me dijo que ya las niñas podían ir a la escuela (anteriormente estaba prohibido para las niñas), para mí eso fue una alegría inmensa.

Aprendí a leer, pero no a escribir. Digo que no aprendí a escribir porque en ese momento se estaba preparando mi viaje a Cuba pues mi madre ya me estaba reclamando para que fuera a su lado.

A finales del año 1929 emigré con mi tía Clara a Cuba. Esperando el barco permanecimos en La Coruña por un espacio de cuatro meses en una casa de huéspedes. Recuerdo que la señora de la casa tuvo muchas atenciones conmigo y le decía a mi tía que yo era una niña muy guapa, cariñosa y obediente. Nos cogió mucho cariño, recuerdo que cuando se despidió de nosotras lloraba mucho.

El barco donde vine se llamaba “Cristóbal Colón”. Hice una travesía completamente mareada todo el tiempo. El capitán del barco era un señor con bigote y barba muy blanca. Él subía a cubierta a cada rato y recuerdo que se interesaba mucho por mí porque decía que me parecía mucho a su nietecita. Yo era una niña muy rubia, la tez muy blanca y rosada y los ojos verdes. Como pasaban los días y no me mejoraba del mareo, el mismo mandó que se me preparara un consomé de pichón de paloma. Así se logró que fuera mejorando. Recuerdo que los últimos días de la travesía ya corría por toda la cubierta del barco. Guardo gratisimos recuerdos de ese capitán porque yo me pasaba todo el tiempo en una silla de extensión en cubierta y día por día subía a interesarse por mí.

Cuando llegamos a Cuba vi a mi madre esperándome en una lancha, tuvieron que aguantarme porque yo quería ir a su encuentro para abrazarla, cosa que no pude hacer hasta el día siguiente de mi llegada porque me remitieron a Tricornia. Mis papeles decían que yo venía al cuidado de un joven que si mal no recuerdo se llamaba Daniel. Mi madre me mandó a buscar con él porque precisamente venía de regreso para Cuba. Mi madre me contó que Daniel había estudiado en Cuba y que había viajado al pueblo a ver a sus padres. Mi madre aprovechando su regreso a Cuba le encargó que me trajera con él. Mi tía Clara se enteró del asunto y sin decirle nada a nadie comenzó a preparar su viaje a Cuba. Ya mis papeles estaban tramitados. No obstante, ella continuó con los preparativos de su viaje, porque decía que como me iba a dejar viajar sola tan pequeña. El esposo de mi tía llevaba más de diez años en Cuba, trabajando en Camagüey como capataz de línea. Fue por eso que cuando llegaron a Cuba sus papeles estaban correctos y pudo desembarcar sin ningún problema. Por suerte para Daniel y para mí el señor que más tarde fue mi padrastro conocía de leyes migratorias y en menos de 48 horas pudimos desembarcar.

Cuando llegué a Cuba, mi madre vivía en una casa de huéspedes en San Rafael Esquina a Galiano (Ciudad de La Habana). Mi tía se fue para Camagüey donde ya la esperaba su esposo (Máximo Prieto) y yo me quedé con mi madre en la casa de huéspedes hasta que nos mudamos con mi padrastro en el año 1932 para una casa que estaba situada en Belascoain Esquina a San Miguel (Ciudad de La Habana). En la mudada a mi madre se le extravió la única foto mía que tenía a los tres años, recuerdo que lloró mucho, Antequera (mi padrastro) esa foto ya la había visto, pues mi madre se le había enseñado antes de yo venir a Cuba. Sin decirle nada a mi madre puso un anuncio en los periódicos: “El Mundo” y “La Marina”, entre otros, gratificando a la persona que encontrara la foto con 5.000 pesos, cuya foto nunca apareció.

Enseguida que llegué, mi madre me puso en un colegio para niñas que se llamaba “Maria Corominas”.

Dos años después de mi llegada nació mi hermana (Paquita), y dos años más tarde mi otra hermana (Adela). Mi niñez al lado de mi madre y de mi padrastro la recuerdo con mucha nitidez porque los dos vivían pendiente de todos mis caprichos. Recuerdo mi primer regalo de reyes como él lo preparó todo para que yo me creyera que de verdad habían sido los reyes magos los que me habían traído todos esos juguetes. Enseguida me llevó a las mejores tiendas de La Habana, (El Encanto, La Época y Fin de Siglo) con mi madre para que me comprara ropa, zapatos, etc. Un día de reyes (yo tenía alrededor de nueve años) y él me estaba preparando unos reyes similares a los anteriores, cuando a mi madre se le ocurrió decirme que los reyes no existían. Jamás vi a mi padrastro ponerse tan bravo con mi madre y le dijo que por qué me había quitado esa ilusión. Mi madre alegó que yo estaba ya muy mayorcita para eso. Creo que nunca se lo perdonó, llegó a quererme mucho y yo poco a poco me fui encariñando con él.

Este señor se llamaba Francisco Antequera Loredó. Poseía dos títulos (arquitecto e ingeniero). Ejerció muy poco tiempo porque sus padres al fallecer le dejaron una buena herencia que compartió con su única hermana. Como estaba tan enamorado de mi madre y sabía de mi existencia en España, lo primero que le dijo a mi madre fue que me mandara a buscar, que él corría con todos los gastos de mi viaje y así lo hizo, me pagó el viaje en el “Cristóbal Colón” en primera clase y además corrió con todos los gastos de la casa de huéspedes de La Coruña. Antequera era hijo de un capitán del ejército español casado con una cubana. La madre de Antequera a su vez era hija de una familia cubana muy rica, de ahí la situación económica que tenía en aquellos momentos que en Cuba había tanta miseria.

Mi madre, a medida que yo crecía, se sentía muy feliz al ver que me podía cubrir todas las necesidades que por falta de recursos no me pudo dar cuando nací. Debo decir que fui una niña privilegiada desde el momento que pudo tenerme a su lado, se sentía feliz porque según ella, yo era muy obediente y cariñosa. Siempre le decía a sus amistades que si sus otras dos hijas (Paquita y Adelita) fueran como yo, podría decir que era la madre más feliz del mundo. Mi madre no sabía leer ni escribir, recuerdo que cuando yo llegaba de la escuela me ponía en la mesa a enseñar a mis hermanas y un buen día logré que mi madre se interesara por esas clases.

Pasó el tiempo y cual sería mi sorpresa al ver que mi madre adelantaba más que mis hermanas en las clases. Le gustaba tanto leer que ella misma después les leía los libros de cuentos a mis hermanas.

Cada vez que la veía leer cuantas revistas y periódicos llegaban a sus manos, me sentía muy orgullosa porque ella desde su adolescencia demostró que no estaba satisfecha con lo que le tocó vivir, tenía sus propios criterios bien definidos y tuvo la valentía de decírselo a sus padres, que ella no había

nacido para labrar la tierra, luchó por salir adelante aun sabiendo que era analfabeta y lo logró. Se fue a Madrid donde por su seriedad y honradez la aceptaron como niñera en una casa de la alta sociedad madrileña. Así pudo pulirse muy bien y la familia cuando viajaban a los distintos lugares de España siempre contaban con ella.

Mi madre era una mujer muy dulce con la sonrisa a flor de labios siempre y ese carácter tan maravilloso la acompañó hasta el final de su corta vida.

Debo agregar además que mi madre fue una mujer muy inteligente y valiente, que de haber estudiado (cosa que no le permitieron en su época) hubiera sido una persona con grandes posibilidades de alcanzar todo lo que ella soñó ser. Tengo la satisfacción de que me cupo a mí la gloria de no dejarla en la oscuridad, de todo lo cual, me siento muy feliz de haberlo logrado.

Mi niñez transcurrió en un hogar donde nunca se me negó nada y tuve todas las cosas que quise tener.

Antequera nunca compraba nada para sus hijas que no lo hiciera para mí. Siempre decía que yo tenía los mismos derechos que mis hermanas. En la casa había una sirvienta, una cocinera y un automóvil con su chofer que estaba al servicio de la casa las 24 horas del día.

Cuando cumplí los quince años me los celebró obsequiándome con una gran fiesta que compartí con todas mis amiguitas en uno de los círculos sociales más distinguidos de la capital.

Nos llevaba a cuanta función de teatro había (recuerdo que era con mucha frecuencia). Le gustaba los domingos llevarnos a almorzar afuera (casi siempre en un lugar distinto) y a fiestas sociales donde pude alternar con la alta sociedad habanera.

Así alcancé la mayoría de edad graduándome de Taqui-Meca en el año 1938. Estudié un Secretariado Comercial y cursé el primer año de Bachillerato, no pudiendo continuar mis estudios de bachiller porque cerraron el Instituto de La Habana por los problemas políticos que se desarrollaban en el país.

Antequera falleció en el año 1940 y eso para mí fue un golpe terrible, pues lo quería como si de verdad hubiera sido mi padre. Debo confesar que a mi verdadero padre nunca lo conocí. Recibí de Antequera todo el cariño y ternura que jamás recibí de mi padre. La enfermedad de Antequera se prolongó durante 7 años. Fue muy angustiada para mí y para mi madre. Se negaba a comer y con la única persona que ingería algún alimento era conmigo. Producto de su enfermedad llegó a tener trastornos mentales, que tanto yo como mi madre sufrimos mucho, así como los sirvientes que le tenían gran afecto. Contaba al morir con 50 años.

Después de su fallecimiento tuvimos que reducirnos al máximo, quedamos sin ningún sirviente y nos mudamos para una de sus casas en la calle Ejido # 657 (ahí no pagábamos alquiler). Mis hermanas se quedaron huérfanas de

padre cuando una tenía siete años y la otra nueve. Nos quedamos sin ningún recurso porque las casas que Antequera poseía estaban en pleito con su hermana, desde mucho tiempo antes de conocer a mi madre. Por suerte para nosotras una de las casas la pudo poner en acciones al portador y esa fue la casa que le dejó a mi madre, estaba situada en Aguacate # 13 (frente a Palacio) esa casa él la tenía alquilada. La muerte de Antequera me dejó consernada por todo lo que él representó para mí. Contaba con 17 años y repito que me costó mucho trabajo acostumbrarme a su ausencia. Representó para mí el primer impacto moral que nunca olvidaré.

En el año 1942 contraí matrimonio y a los 2 años de casada nació mi hija Adelaida Inés Dennes Ramos. Me casé con el hijo del abogado que le llevaba los asuntos a Antequera.

Nos conocimos después de la muerte de Antequera; acababa de regresar del exilio en México. Mi esposo era un conocido revolucionario de la década del 30. Combatió al lado de Antonio Guiteras hasta que éste cayó en el Morri- llo. Siempre se lamentaba de no haber estado a su lado, en ese momento él se encontraba en prisión en el Castillo del Príncipe como preso político. Su padre que era un prestigioso abogado, logró su indulto, pero inmediatamente tuvo que abandonar el país hacia México. Estuvo exiliado por espacio de 5 años y a su regreso a Cuba fue que nos conocimos.

Mi esposo era mucho mayor que yo, pero mi matrimonio fue muy estable y educamos a nuestra hija en un hogar donde imperaban los buenos modales y costumbres. Pasó el tiempo y yo vivía dedicada nada más que al cuidado de mi hija.

Cuando más feliz me sentía surgió el fallecimiento de mi madre, apenas mi hija había cumplido 2 meses de nacida (año 1944). La muerte de mi madre tan prematuramente me causó un dolor tan grande que no tengo palabras para expresarlo. Me encerré en ese dolor al extremo de que mi esposo y demás familiares me llamaron la atención diciéndome que no olvidara que tenía una hija y que tenía que seguir viviendo por ella. Yo idolatraba a mi hija, pero no pude sobreponerme a ese dolor tan inmenso. No puedo olvidar que mi hija salió a la calle en mis brazos, después que ya había pasado 1 año de tan terrible desgracia para mí. Como había que seguir viviendo a pesar de todo fui consolándome, pero jamás olvidando.

A mi madre la tengo presente en todos los momentos de mi vida. La idolatré a pesar del poco tiempo que la vida me permitió vivir a su lado (14 años) Conoció a su nieta y se veía tan feliz. Todos los días iba a ver a la niña y la colmaba de caricias. La memoria de mi madre para mí es inmortal. Una foto de ella permanece en mi mesa de noche desde su partida y cuando me levanto, el primer beso es para ella día a día. La vida continuó y a la muerte de mi madre traje a mi hermana menor a vivir con nosotros. Mi hermana vivió en mi casa hasta que se casó.

Siendo ama de casa siempre estaba repasando lo que aprendí y años más tarde impartí clases de Taqui-Meca en mi hogar. Eso me ayudó no solamente a refrescar lo aprendido sino que me benefició económicamente. Con lo que yo ganaba dando clases le pagaba los estudios a mi hija y además cubría otros gastos hogareños, puesto que en esa época el salario que mi esposo devengaba no alcanzaba para cubrir todas las necesidades.

Cuando mi hija matriculó Comercio una de las asignaturas era Taquigrafía Pitman que era el sistema que yo sabía y la pude ayudar bastante en el aprendizaje y exámenes.

Mi esposo nunca me permitió trabajar en la calle, pero ya en el año 1964 comencé mi vida laboral en el Ministerio del Azúcar (MINAZ) como secretaria "A" en el Viceministerio para el Desarrollo Técnico. Varias veces desempeñé el cargo de Secretaria Ejecutiva en distintos Viceministerios del Organismo Central. Laboré en la misma Institución por espacio de 33 años y "sobreviví" a todas las racionalizaciones que se ejecutaron durante todo ese tiempo en el MINAZ. La vida laboral para mí fue muy fructífera, porque a pesar de que llevaba de graduada casi 20 años, eso no mermó en nada los conocimientos que había adquirido. En el año 1997 me jubilé.

En el año 1993 ingresé en la Colonia Zamorana después de haber tratado por distintos medios de localizar su existencia. Fue un ingeniero que trabajaba conmigo en el MINAZ quien me alertó sobre la colonia.

De la colonia diré que gracias a su Presidente el Sr. Sergio Rabanillo, pude participar en el primer "Plan Añoranza", que se efectuó en 1995, donde tuve la oportunidad de ver a mis familiares en Zamora. Volví a ver el lugar donde nací y disfruté de un viaje inolvidable. Estuve una semana en casa de mis primos y el resto en un hotel de la ciudad de Zamora.

La estancia en casa de mis primos fue maravillosa. Los vecinos que me vieron nacer en el pueblo me colmaron de halagos y recuerdo que decían tan chiquitina que se marchó para Cuba y ha regresado toda una mujer. La mayoría comentaban ¡es tan "guapa" como su madre! ¡Jesús, que manera de parecerse!

El "Plan Añoranza" para mí representó una experiencia que jamás olvidare, así como todas las actividades que la Diputación nos brindó a todos los emigrantes, tales como la visita que realizamos a la Colegiata Románica de Santa María la Mayor que fue construida durante los siglos XII y XIII en la ciudad zamorana de Toro que está enclavada a orillas del río Duero. Es uno de los edificios más significativos de León y Castilla; pero indudablemente que el edificio más importante es la Catedral de Zamora que fue construida en el siglo XII. También visitamos la Laguna de los Peces de impresionante belleza. Fueron muchas más las actividades que disfrutamos todos los participantes en el Plan que con tanto amor y cariño nos brindaron todos los miembros de la

Diputación, a los cuales les agradezco infinitamente, todas las atenciones recibidas por haber logrado que nos sintiéramos como en casa.

De la colonia siempre he recibido todo el cariño y consideración que su Presidente y demás colaboradores han sabido brindar a todos los asociados. De ahí mi orgullo de pertenecer a la misma.

En el año 1962 mi hija comenzó su vida laboral en el Consolidado de la sal. Años más tarde pasó a trabajar en el Centro de Investigaciones del Petróleo (CEINPET), como jefa del departamento de Recursos Humanos.

En el año 1976 se casó con su actual esposo (Andrés Linchenat Garcés) y en el año 1978 nació mi único nieto (Ernesto Linchenat Dennes). El nacimiento de mi nieto resultó para mí una motivación extraordinaria porque llenaba todos los momentos de mi vida. Mi nieto en la actualidad ya es un joven de 27 años al cual adoro y ya está terminando su carrera de Licenciado en Economía.

Un año después de su nacimiento enviudé del padre de mi hija y nuevamente recibí un impacto muy doloroso porque no podía olvidar que fueron muchos años (37) compartiendo un hogar muy estable. Pasaron varios años (10) y conocí al que hoy es mi esposo (Ernesto Jesús Borges Santana). Era hijo único, soltero y no tenía hijos. Mi vida continuó en el hogar que compartía con mi hija, nieto y yerno. Un tiempo después pasó a formar parte de la familia mi esposo. No fue hasta el año 1996 que legalizamos oficialmente nuestro matrimonio. En el año 1999 falleció mi suegra y la casa que poseía era demasiado grande para nosotros y decidimos permutarla por el apartamento que hoy vivimos mi esposo y yo.

Durante todo este tiempo mi esposo ha sido para mí un apoyo increíble, siempre ha vivido pendiente de todo lo que a mí concierne. A pesar de que he gozado de muy buena salud (gracias a Dios), en estos últimos años he tenido que operarme de la vista 3 veces, y los cuidados que cada una de ellas representó para mí, siempre tuve en mi esposo todo el cariño y amor que nos une, al extremo de asumir él solo las tareas de la casa. Nuestro matrimonio ha sido muy sólido y le pido a Dios todos los días que bendiga nuestro hogar.

Para finalizar quisiera expresar dos sentimientos que me han acompañado durante todos los instantes de mi vida: Cuba y España.

A Cuba: Porque ha sido para mi segunda patria y por la cual siento un verdadero cariño y por España: que aunque me ha tocado vivir una gran parte de mi vida lejos de ella, siempre la he llevado en lo más profundo de mi corazón, aflorando día a día regresar a mi querida patria.

A ella debo agradecerle infinitamente que hoy al final de mi vida me permita recibir una pensión por ancianidad “no contributiva”.

De mi patria estoy tan agradecida que no tengo palabras para expresarlo, solamente diré que esa es mi entrañable patria. ¡Amor y cariño para todos sus hijos!